

Joaquín Machado

## Relámpagos del recuerdo (1)



**L**N el nublado de mi memoria algunos relámpagos iluminan lejanos espacios de mi vida. Pasé mi adolescencia en Guatemala. En «un país lejano» hacia el que, «en el sueño infantil de un claro día» me viera partir el poeta. Allá viví cinco años, casi todos en el campo entre los indios, y cultivé viveros y almácigos de café, que con mis manos, nada rudas, trasplanté a los cafetales de aquella fértil tierra en los buenos días de tranquilas

---

(1) Don Joaquín Machado, hermano de los grandes poetas españoles, Antonio y Manuel, reside en Chile desde 1940, llevando una vida sencilla y retraída. «Atenea» ha podido conseguir de él este artículo, cuyo valor no pasará inadvertido para nuestros lectores. Aspectos muy poco comentados, en general, hasta desconocidos, sobre relaciones entre escritores modernistas de España y América en París, quedan claramente iluminados por él; por ejemplo, la amistad juvenil de los Machado con Gómez Carrillo, el arribo de las primeras muestras de música antillana al Viejo Mundo, etc.—*N. de la R.*

lluvias primaverales. Una fragancia de ubérrima tierra mojada, respirada a pleno pulmón, relampaguea hoy en el recuerdo de tan lejano olfato. Mis indios y yo (yo era, o me sentía, uno más entre ellos; eran mis compañeros, mis amigos, mi familia, mis convivientes bajo el inmenso cielo de los campos) —usábamos como esclavinas, perfectamente impermeables, las enormes hojas de ruibarbo—o planta semejante, que no recuerdo como ellos la llamaban. Miles de arbustos en la hacienda «El Rosario» de la Costa Cuca, entre Retaluleu y Quetzaltenango, pasaron por mis manos. ¿En cuántos viveros, almácigos, y nuevos cafetales perderá, tal vez aún, la savia de la tierra en que yo los puse, dando su aroma al viento?... ¿Y en esta taza de café que ahora me trajo mi dulce compañera?...

Maltrecho por grave enfermedad; desahuciado por los doctores (¡de esto hace cincuenta años!), solitario y pobre, emprendí el regreso al materno hogar. No recuerdo por qué dificultades de última hora perdí el barco para el que tenía pasaje y hube de esperar al siguiente, diez o doce días. Aquellos barcos, de no sé qué compañía, tenían todos nombres de santos—aunque su vientre para pasajeros de tercera era un verdadero infierno. No puede mi memoria precisar si fué el «San Juan» el que perdí y el «San Pedro» el que alcancé; pero el mío encontró al otro hundido frente a la bahía de El Salvador. La suerte me libró, pues, de por lo menos un chapuzón que, dado mi ago-

tamiento físico, aunque nadaba como un delfín, hubiera sido tal vez el último relámpago de mi existencia. A bordo, pues, del «San Juan» o del «San Pedro» hice todas las escalas de América Central hasta Panamá.

¡Dichosos tiempos aquellos en que un viajero no era, para las autoridades de cada puerto o frontera, un presunto criminal, un terrible espía o... un sabio de energía nuclear! (uno de esos esclavos de la «humanitaria» labor de preparar la bomba que haga papilla a la humanidad, y que ¡guay de ellos si quisieran cambiar de oficio y viajar a donde les plugiere!). Bastaba, entonces, un simple documento, que ni siquiera había que mostrar, las más de las veces, para viajar por el mundo sin ir dejando las huellas digitales a innumerables funcionarios, que quieren saberlo todo de nosotros sin que sepamos nada de ellos, y son, si a mano viene, en algunos casos, agentes de criminales de guerra, fría o caliente...

El canal de Panamá no era todavía navegable, y así el istmo, como cinco años antes en que ya se trabajaba en el canal febrilmente—y ¡tan febrilmente! como que la fiebre amarilla diezmaba las colonias de trabajadores que se ganaban allí buenos dólares y malas sepulturas—lo pasé en ferrocarril para enlazar en Colón con un transatlántico francés, cuyo nombre tampoco recuerdo. Y es curioso el olvido porque jamás se me ha olvidado en cambio que era el «Labrador», de la misma compañía, el que me llevó a un país lejano.

En Colón hube de esperar un par de largos días en un hotel que tal vez era inglés, o cuando menos que cobraba en inglés: en libras esterlinas, que yo soltaba con más dolor que si me arrancasen una muela sin anestesia, pues aunque muelas me quedaban pocas eran menos mis libras. Era un buen hotel, frente al mar. Desde mi balcón divisaba en la orilla muchos soldados— a mí me parecían soldaditos de plomo, mecanizados— que hacían ejercicios bélicos, apuntando sus carabinas a un enemigo tan invisible como inaudibles eran sus disparos. Desplegados en fila horizontal corrían de un lado para otro, hincaban la rodilla en tierra, apuntaban y... ¡quién sabe cuántos muertos diría el parte de guerra que habían caído del otro lado! Desde luego, del lado de acá no caía ninguno. Así es tal vez, en la guerra... según quien la cuente. Al fin el barco francés llegó al puerto y me acomodé en él lo mejor que pude buscando la litera que me pareció menos mala, si acaso hay alguna que no sea la peor para los que viajamos en tercera... porque no hay cuarta. Era ya el mes de junio de 1902. No mucho antes, en mayo, en un terrible terremoto de la Martinica, el mar se había bailado un rigodón con el «Monte Pelado», dejando en seco sobre la isla grandes barcos y arrastrando a cambio a otros revueltos con casas, malecones y grúas, etc., hacia el fondo del mar. La ciudad de Saint Pierre había quedado totalmente destruída, según las noticias. Cuando nuestro barco arribó a Fort de France, ingresó en mi camaro-

te un negro joven, que era, o decía ser, el único superviviente de Saint Pierre. Pronto nos hicimos amigos. Hablaba bastante bien el español y era músico según supe—y sufrí—después en París a donde él se dirigía; y yo también porque el barco no tocaba puertos españoles sino que terminaba su ruta en Saint Nazaire; además, yo iba a París porque allí estaban entonces mis hermanos Manuel y Antonio—los más grandes poetas de la llamada generación del 98. Estaba también nuestro fraternal amigo Ricardo Calvo—uno de los que me había visto «partir hacia un país lejano». La amistad con el negrito, que, ¡nadie se asombre! se apellidaba Blanco, me fué útil, pues él conocía París y, claro, hablaba el francés mejor que yo. Sin su ayuda me hubiera sido difícil localizar a mis hermanos, pues yo no tenía más orientación que la Casa Garnier Frères en que ellos habían sido traductores, pero en la que no me pudieron dar ninguna noticia porque hacía tiempo que no trabajaban para ella. No sé cómo se las compuso mi amigo Blanco para averiguar que Antonio era entonces canciller precisamente en el Consulado de Guatemala, regentado por Enrique Gómez Carrillo, buen escritor y no muy buena persona. Allá me encaminé, pues, acompañado de mi negrito Blanco, dando la gran sorpresa a mi hermano que me había esperado en el barco anterior—precisamente en el que debió enlazar con el «Santo» que yo perdí—y después no había logrado saber mi salida cierta. Excuso lo emotivo del encuentro. Me pareció

que a Gómez Carrillo no le hizo mucha gracia mi acompañamiento, pues aunque él era tan negro como mi amigo Blanco, se conoce que tenía prejuicios raciales, o . . . que no le gustaba verse al espejo. Creo que yo tampoco le fui personalmente muy simpático; ni él a mí, por supuesto.

Mi hermano pidió licencia por unos días y, concedida, partimos en busca de Manuel. Blanco, considerando cumplida su altruista misión, se despidió quedando en volver a encontrarnos en el restaurante, cuyas señas le dió Antonio. Manuel alojaba en una pieza del Bulevard Batignols, y aunque eran ya las cuatro de la tarde aun no se había levantado, ni se levantó hasta después de veinte campanillazos que hicieron asomarse a todas las vecinas de la casa, las que por cierto me contemplaban con amable curiosidad. Y no era para menos. Yo iba tocado de un flamenco, sombrero de ala ancha, lo que seguramente las hizo pensar que estaban en presencia de un «toreador». Aunque muy enfermo y en el «chasis» de mi esqueleto, yo era bien joven y guapete todavía y mientras tiraba desafortadamente de la campanilla les dedicaba mis mejores sonrisas. Al fin, el otro gran poeta despertó con un humor de todos los diablos, que se convirtió en alegría al ver quien era el importuno que le despertaba ¡tan temprano! Fuimos después a encontrar a Ricardo que vivía en un departamento de más pos-tín, pues, él andaba con dinerito fresco que le había enviado su tutor—aunque era ya mayor de edad ha-

cía años—el tutor seguía administrándole la herencia de su padre, ¡tan bien administrada! que se quedó sin un céntimo a la mitad de ella. Ya juntos los cuatro, fuimos alegremente a comer donde ellos tenían costumbre y cuenta abierta: Rue Lepic, cerca de la Place Blanche. Montmartre, restaurant de Mme. Coconièrre, a la que me presentaron y a poco me ahoga entre sus brazos. Nos dió de comer opíparamente. Yo con apetito de náufrago, creo que engordé ya ese día un cuarto de kilo de los catorce y medio que aumenté de peso en los cuarenta días que estuve en París. Al poco tiempo las muchachas amigas me confundían con Manoló, mi hermano. Todas convenían en que nos parecíamos mucho, sólo que yo tenía los ojos más grandes... ¡cómo que era todo ojos!

No tardó en venir a nuestra tertulia el superviviente de la Martinica. Todos le preguntaban cómo había sido aquello, pero él no tenía más palabras que: ¡extraordinario! ¡asombroso! En el piso alto de la fonda había mesas de billar, y también un piano... que nosotros ignorábamos. Le invitamos a jugar unas carambolas, mas, el que no quitaba ojo al piano pronto soltó el taco sobre la mesa y abandonó el juego. «Se acabó el carbón», exclamó Ricardo. Todos soltamos la carcajada; pero nuestro buen negrito estaba ya ejecutando vertiginosamente su música. Era tal vez un precursor de la que ha entontecido a tantos. Esa música de negros de la que muchos negros dicen: «es la

música que nosotros hacemos para los salvajes blancos que son capaces de aguantarla».

Volvió varios días, siempre a ejecutar sus «melodías», hasta que Manuel, que conocía a medio París, le puso en contacto con músicos modernistas. Y ya no volvimos a verle.

El 1.º de agosto, Antonio y yo partimos para Madrid. Manuel y Ricardo se quedaron en París. Nuestra madre—¡madre de mi alma!—y los hermanos Pepe y Paco nos esperaban en la estación. Una tartana del servicio de estaciones con sus ruedas de acero sacaba chispas y tronaba como tormenta sobre las pésimamente empedradas calles de Madrid, hasta Fuencarral 148...

.....  
«Está en la sala familiar,  
.....  
.....